

V.

ERRADAS APRECIACIONES HISTÓRICAS:—

LA VERDAD.

Desde que aquel destino le faltó, desde que el astro de Roma, en su choque con el cometa de la barbarie, cambió la eclíptica de sus revoluciones, hay quien cree que la Italia no ha tenido tiempo ni ánimo para formular las condiciones de una nueva existencia.

Hay quien cree que el arquitecto que construyó la *Domus aurea* de Neron, no sabría labrar el palacio modesto de un Rey constitucional; que aquella Emperatriz del mundo, que pudiera haberse cobijado en un claustro, como Carlos V, deja pasar siglos sin que piense en desceñirse la diadema, y en construirse su nueva morada; que antes quiso recibir la hospitalidad ajena, que reducirse á la vulgar condicion y partija igual de sus otras hermanas; que prefiere, como Boabdil destronado, ir á pelear en extranjeras campañas, á recomponer un pequeño Estado con los pedazos de un roto Imperio; y que le fué más soportable su caída, hospedándose en las régias múltiples estancias del palacio del Universo, que si hubiera medido por los términos de su estrecha península las dimensiones de su vivienda.

Hay tambien otra historia más vulgar, otra aprecia-

cion—que, por más materialista y más cronológica, tiene más pretensiones de práctica y verídica,—la cual nos cuenta la agonía de un Imperio romano, que muere y se extingue en un día y una hora dada, con la abdicacion de Augústulo, y nos hace pasar más de tres siglos en mirar la descomposicion cadavérica del gigante del Mediodía, pasto de los buitres del Septentrion. Ella nos hace asistir al tristísimo espectáculo de una Italia cautiva en vergonzosa servidumbre, entregada en féudo á un rudo Emperador germánico, cuyos sucesores la profanarán con todo género de tiranías y liviandades, hasta que por último, despedazada en una division anárquica de Estados incoherentes, presa en lo interior de la violencia de sangrientas facciones, ludibrio y juguete de toda dominacion extranjera que quiso imponerle yugo, viene arrastrando hasta nuestros dias un largo martirio, demandando en vano á sus opresores y verdugos la ley de su libertad y de su emancipacion, en las condiciones de su unidad, y con el derecho de su independencia.

Nos atrevemos á creer que tal juicio y tal pintura no son la verdad de la historia. Quien aprecia de este modo las circunstancias y consecuencias de aquel gran cataclismo, olvida que entónces, no sólo varian las condiciones del mundo político, sinó que se invierten los polos del mundo moral: se cambian los puntos de vista y la perspectiva de la Historia. Los hijos de los bárbaros, al estudiarla, al escribirla y al aprenderla, hemos seguido más bien las ideas que sirvieron á nuestros padres en la constitucion de las nuevas naciones, que el gran principio y el gran sistema político, que habia quedado en la mente y en el corazon de aquella MAGNA PARENS RERUM, señora é institutriz del género humano.

La verdad es que el pueblo cuya mision habia sido destruir toda individualidad y toda independencia, no pudo aceptar jamás ni comprender siquiera las idéas de los bárbaros. No cupo en su pensamiento que las razas invasoras trajeran pretensiones de organizacion política; ni pudo él entrar en el espíritu que preside á la constitucion interior y especial del embrion de estas nuevas nacionalidades.

La unidad y la independencia, como principios políticos, son una idéa contradictoria al elemento constitutivo del Imperio; como condiciones domésticas de aquellas tribus, ni las aprecian, ni las contradicen. Roma habia dilatado sus términos de conquista, para gobernar: las razas germánicas y escandinavas bajan al Mediodía pidiendo campos en que vivir. El establecimiento de cada una de ellas empieza por una demarcacion de territorio; sus condiciones de fundacion son arreglos económicos de reparticion de productos; su gobierno interior, el predominio de sus nombres venerados ó temidos: su ambicion no va más allá. Aquel espíritu que, entregado á sí mismo, habia de concentrarse cada vez más, hasta llegar al aislamiento feudal, no trae pretensiones de dar leyes, ni de fundar instituciones; y al aceptar la organizacion política de las regiones que ocupa, le es indiferente que conserven sus códigos, con tal que pueda darles sus costumbres.

Las nacionalidades que se forman más tarde y más léjos, en las provincias separadas, se organizan, — ya lo hemos visto en nuestros estudios preliminares, — para el cumplimiento de su particular destino, siempre sobre la base de una raza conquistadora, un pueblo sometido y una familia prepotente. Pero en Italia nada de esto sucede. Italia es la única en que las familias latinas siguen siendo las

familias patricias. Ni en Italia ni en Roma (contrayéndonos á nuestro actual propósito) se levanta, ni bárbara ni indígena, ni se ha levantado hasta nuestros dias, una dinastia con aspiraciones de Italiana. Porque un imbécil se despoje de la púrpura, no se desprende ella del derecho de darla, que los mismos bárbaros le reconocen y acatan.

Su imperio está donde quiera que mande el que es Señor del mundo; y el mundo no reconoce otro dueño que el que ella acepte ó designe. El círculo de su eleccion es tan extenso é ilimitado, como cuando llamaba de Siria á Heliogábalo, de la Arabia á Filipo, á Trajano de España, á Maximino de los Godos ilíricos, de África á Severo, y de las Gálias á Póstumo, Tétrico ó Avito. Los bárbaros siguen siendo elegidos, porque hace tiempo son elegibles. Hace siglos que mandan los ejércitos, y que intervienen en la eleccion de Emperadores.

Los nuevos jefes de estas razas más numerosas y más audaces, no dejan de ser romanos: las muchedumbres que acaudillan, son legiones. Aécio las mandará todas en los campos cataláunicos. Stilicon, el vándalo, habia sido Ministro universal y regente, despues de la muerte de Teodosio, á nombre de Honorio, su sobrino, y de Serena, su mujer: sin duda que era Romano. Alarico y sus hordas penetran á saco en Roma: Romanos son: súbditos del Imperio se llaman. Así entró un dia el Cónsul Mário; y á través de más sangre y de mayor matanza, subió á ejercer la dictadura Sila.

Piden tierras y botin, como los veteranos de César. Saquéan la ciudad, pero no matan el Imperio; y cuando nombran un Emperador, no es por la usurpacion de conquistadores, sino por el derecho consuetudinario de pretorianos: así lo hacian las legiones de las Gálias ó las de Bretaña.

## VI.

### UNIDAD DEL IMPERIO, AUN DIVIDIDO. AVERSION AL FRACCIONAMIENTO.

Que sean dos los Jefes del Estado; que manden separados; la unidad no desaparece por ello. La antigua república tuvo dos Cónsules; á la muerte de Gordiano, el Senado eligió ya dos Emperadores. Que uno de ellos esté en Oriente, no es nuevo. En otro tiempo llegaron al Eufrates ó al Oróntes: en el Bósforo no está sinó acampado el que allí habite.

Constantinopla es una residencia, no es una capital. El Emperador que se sienta en este sólio, se llamará heredero de aquella soberanía: se intitulará CÉSAR y FLAVIO, y cuantos nombres le puedan hacer más latino, y acumulará cuantos dictados puedan justificar la categoría de Romano. Por eso, entónces y por muchos siglos—¿quién sabe si aun en el nuestro?—Francos y Germanos, Escitas ó Esclavones, se disputarán encarnizadamente, en la posesion de Roma, no el yugo que le hayan de imponer, sino la consagracion que de ella hayan de recibir.

Pero Roma no se satisface con lo que puede bastar á la ambicion del más poderoso de los Reyes bárbaros. Clodovéo puede creerse Rey de los Francos cuando se

aloja en las ruinas del palacio de Juliano; pero el Gé-  
nio de la Ciudad Eterna se hospeda en el Capitólio; y en tanto que pronuncie sus oráculos, ya sea por boca de un Senado decrepito, que habia visto derribar en su foro el altar de la Victoria, ya por los lábios de un anciano Sacerdote, que se alza evocado de las Catacumbas, con aquellas dos llaves que cierran las puertas del antiguo mundo, y abren la entrada de la eternidad prometida, Roma se creará la Emperatriz del Orbe, y no comprenderá que pueda retroceder el antiguo dios Término de su vocacion dominadora.

Todo cuanto le señale límites, y la circunde de fronteras, es para ella abdicacion y destronamiento: toda idea de formar un reino aparte, le parece atentatoria á la majestad imperial, sacrilega traicion á su inmortal soberanía. ¿Quiere Odoacre dar á sus Hérulos el rico patrimonio de Italia? Apelarán demandando auxilio al César que en Oriente guarda el nombre romano, y vendrá el Ostrogodo Teodorico, de parte de Zenon, á libertarlos.—¿Intenta Teodorico convertir su delegacion imperial en monarquía vinculada en su raza, y limitada por el mar y los Alpes, como hacen sus compatriotas en regiones vecinas? Belisário y Nárser volarán en nombre del Trace Justiniano, á exterminar en Teya y en Totila la estirpe de los audaces usurpadores. ¿Hace señas el injuriado Nárser á los Longobardos de Albóino, como se cuenta de D. Julian á los moros, para que descienda á posesionarse de lo que no pueden guardar los degenerados Césares de Bizancio?

Nárser pudo muy bien ser un político filósofo, que llamase á Albóino para fundar la patria italiana, como fué llamada ahora la casa de Saboya; y á Nárser, sin embar-

go, le apellida traidor la Historia. La estirpe de Albóino, léjos de hacer desde Monza ó Verona lo que hoy se aplaude y espera de Turin y Milan, no consigue siquiera lo que lleva á cabo Clodovéo en las Gálias, y en ambas vertientes del Pirineo, aquel

Ataulfo valiente  
En cuya heróica frente  
De los Godos descansa la corona <sup>4</sup>;

ni en los dos siglos y medio que corren hasta Desiderio se funda unidad lombardo-italiana, como se organiza en torno de los otros caudillos sociedad bárbaro-latina.

<sup>4</sup> No citamos estos malos y vulgarísimos versos sinó porque su mismo autor consideraba el reino Lombardo muy de otra manera que como las que él tiene por legitimidades consagradas de Clodovéo y Ataulfo.

## VII.

## ROMA DEL SANTO IMPERIO.

Los Romanos de Italia insisten tenaces en su idéa, como el antiguo patriciado que heredaron; como la antigua generosa plebe, que proclamó la ciudadanía universal.

Abandonados enteramente del Oriente, no desisten de reconstruir el Imperio: están cercados por todas partes de bárbaros. César le habia fundado con españoles y galos. Hay en el Occidente un caudillo tan fuerte y victorioso como el vencedor de Pompeyo y de Vercingétorix; un legislador más inteligente de sus tiempos que Teodosio y Justiniano. Las victorias alcanzadas sobre todas las razas germánicas y eslavas, y sobre las regiones á ellas sometidas, le constituyen el Jefe más poderoso de aquel mundo mezclado y confuso. No le quiere solamente someter y dominar; ni como Genserico y Atila, ha recibido de Dios la vengadora espada del Ángel del exterminio.

Su gran mision es organizar. El Norte y el centro de Europa son su fuerza: le falta Italia, que es la autoridad. Tiene el vigor y la rudeza de las nuevas razas: há menester la inteligencia y la cultura de las antiguas. Presenta la razon de su espada y el prestigio de su gloria; pero le

falta la legitimidad de un derecho. Aspira á fundar un Imperio sobre un principio; y principio, derecho, legitimidad, inteligencia y sabiduría, sólo podían venirle de aquella Roma, que no había entregado á ninguna fuerza el intransferible depósito de su eminente soberanía.

### VIII.

#### PERSONIFICACION DE ROMA, MUERTOS EL SENADO Y EL IMPERIO.

Pero en Roma el Senado ha enmudecido: sus Prefectos y Duques son magistrados municipales: los Exarcas imperiales quieren erigirse en tiranos. Para pronunciar los oráculos de la Divinidad tutelar de Roma, ha quedado solamente un personaje maravilloso, un Sacerdote de una Religión perseguida y martirizada durante cuatro siglos por los poderes públicos, y á quien todos ellos, sin embargo, habían hecho árbitro y custodio de todos los intereses sociales; un Obispo cristiano, á quien todos los Obispos de la cristiandad, reconociendo la delegación y autoridad de Aquel que sobre Pedro fundó su Iglesia y su legítima sucesión, habían dado en llamar Sumo Pontífice y Vicario de Cristo; á quien nuestros Poetas, por ello, han dado el título de mayor majestad en el mundo, llamándole VICE-DIOS.

Por él Graciano había declinado el honor de llevar entre los dictados imperatorios, el antiguo título de Pontífice máximo: por respeto á su autoridad, Constantino no quiso reinar donde aquel varón santo ponía sus plantas;

ni los hijos de Teodosio poner su sólio donde él servía los altares.

Un hombre humilde, que, la frente cubierta de ceniza, había contenido con sus lágrimas el furor de Alarico; un profeta que, revestido de imponente majestad, había aterrado con su sagrado conjuro al espantoso ministro de las iras del cielo, que se llamó Atila, y enviándole á morir de espanto y frenesí á los pantanos de la Pannonia; un hombre, que con un severo anatema había libertado á su desamparada metrópoli, de las depredaciones de Rachis y Luitprando, Reyes de aquellos Lombardos, ya entónces enemigos de su autoridad; un tribuno de su pueblo, que con una intimación había obligado á Pipino, el poderoso Rey de los Francos, á pasar los Alpes para proteger la cabeza del mundo contra un Exarca desvanecido, que quería hacerse su Rey; un Prelado, cuya reconocida santidad y cuya indisputada primacía, había convocado y presidido Senados de Pontífices en Nicéa, en Constantinopla, en Éfeso y en Calcedonia, y dirimido desde su Cátedra Santa, todas las controversias de la Teología y todas las interpretaciones de la doctrina; un Príncipe de los Apóstoles que había enviado los misioneros de Cristo á iluminar con la luz de su fé á los pueblos que se extendían desde las riberas del Indo hasta los desconocidos Anglios; desde la Escandinavia hasta la Abisinia, y que acababa de nombrar, en la época á que nos referimos, los Obispos y Pastores de las iglesias que el nuevo Emperador fundaba en todo el territorio de la Germania; un hombre, en fin, que, anciano, indefenso, pacífico y desarmado, se veía ensalzado como coronado Príncipe y Magistrado supremo, en aquella misma ciudad, donde tantos de sus predecesores y ministros habían

dado su cabeza al verdugo, por enemigos y perturbadores de la República.

Este hombre extraordinario y único, cuya dignidad no había tenido modelo, y cuya potestad no ha de tener más fin que el de los tiempos, será el vínculo de union de todos los pueblos. Todos ellos, bárbaros ó latinos, eran cristianos: todos ellos se unían fraternalmente en la veneracion de su santa paternidad. Este hombre es el encargado por el pueblo romano de ungir con el óleo santo de los antiguos Reyes de Judá, al nuevo César de la república cristiana. Y porque el Sumo Pontífice unge, consagra y santifica en el bautismo de una nueva ley, al supremo Jefe temporal de la Europa Germano-latina, es reconocido aquel Jefe de los pueblos bárbaros, SANTO, AUGUSTO, PACÍFICO EMPERADOR ROMANO!...

## IX.

REFUTACION, COMO DE PASADA, DE VOLTAIRE  
Y LOS VOLTERIANOS.

Harto sabemos que esta apreciacion histórica está en contradiccion con otras apreciaciones. Harto conocida nos es aquella dogmática y magistral sentencia, que el siglo XVIII puso en boca de Voltaire; segun la cual, el Imperio fundado por Carlo Magno y consagrado por Leon III, no era *Santo, ni Romano, ni Imperial*.

Voltaire le juzgaba en la persona de Federico Barroja: con volver la vista á personas que debia tener á su

alrededor, hubiera podido afirmar con más razon que la monarquía de Clodovéo y de San Luis no era cristianísima, ni francesa, ni monárquica. El siglo XVIII no creía en la soberanía de un pueblo, si el pueblo, al ejercerla, cantaba maitines en una basilica, y no en las plazas públicas la Marsellesa. El siglo XVIII° no creía en la santidad de Leon III, esperando canonizar la *virtud Petion* y la santidad de Robespierre.

El siglo décimo octavo no comprendía que *romano* significaba, diez siglos ántes, lo que Voltaire llamaría humanitario, progresivo, civilizador,—y lo diremos de una vez, aunque esto no lo decia Voltaire,—*constitucional y representativo*; como hoy, con razon ó sin ella, se llama volteriana á cierta especial tendencia de materialismo, descreimiento é inmoralidad, que predominó en su siglo. Voltaire puede hallar absurdo que fuera Emperador Romano aquel Carlo Magno, que por ser germánico, no deja de contarse como soberano francés. Voltaire podia no creer Imperio la remota, templada, tutelar, poco sensible, multiforme y contrapesada primacia de un Protector supremo sobre los vastísimos Estados y Reinos de la Confederacion germano-latina.

Es natural. Voltaire no entendia ya la unidad, sinó sobre un tablero de ajedrez, ni la gobernacion sinó sobre un campo de maniobras: para él solo era mando la administracion centralizadora, despótica, reglamentaria, burocrática y cortesana de Luis XIV, ó la ordenanza militar inflexible y disciplinaria de Federico de Prusia.—El Santo Imperio romano duró con todo eso casi hasta nuestros dias. ¡Alcanzarán nuestros nietos los dias de aquellos Imperios *consagrados en el espíritu de la religion de Voltaire?*

Hay un versículo en los Libros Santos, que anuncia dónde estarán cuando los busquen mañana:

TRANSIVI..... ET ECCE NON ERANT!

X.

VIDA ITALIANA DE ITALIA EN EL SANTO IMPERIO.

—AUTONOMÍA ESPECIAL.

Bajo aquel Imperio vivió la Italia una vida, y alcanzó una importancia, que, comparada, en los mismos siglos, con las de otras naciones, no desmerece en prosperidad interior, y las sobrepuja infinitamente en grandeza, en consideración, en influencia, y hasta en libertad y unidad, que no vemos existiesen la una más viva, la otra más caracterizada, en nación alguna.

No basta llorar lágrimas de tragedia sobre las discordias y desventuras de las Repúblicas de Venecia y Florencia, de Génova y Pisa, de Milan y de Nápoles. Es menester presentar en parangon las historias de Francia y España, de Inglaterra y Polonia, de las Provincias Ilíricas y Danubianas, de las regiones Escandinavas ó Escíticas, en esos tiempos de confusa ebullicion y de fermentacion sangrienta ó nebulosa, de todos los elementos de sociabilidad y civilizacion en la vasta extension del continente europeo. Nos frotamos en vano los ojos para contemplar esa mayor ventura y prosperidad de los otros pueblos; y lo que vemos con asombro, es que todos ellos continúan, como de ántes, en reconocer la superioridad de Italia, en mirarla como modelo, en copiarla como dechado, en imitar su cultura, en solicitar su amistad, en

aprender de su ciencia, en admirar sus artes, en codiciar su poderío, en aspirar por él al dominio del mundo, y en reverenciar aquella Roma, que sigue presidiendo desde su trono Pontifical, á los progresos de la humanidad, y á los adelantos de una civilizacion más grandiosa que la civilizacion antigua.

En la ignorancia y rudeza que envuelve por todas partes á Europa, como una noche de densísima niebla, no se llega á extinguir en aquel siempre radiante foco, la luz que alumbra al mundo, y que guía al género humano por el camino que le ha de conducir á las regiones de un claro día.

Ya lo hemos dicho. De aquella *tierra de muertos* irrada toda vitalidad y movimiento; de aquella *serva di dolore ortello*, todo espíritu de libertad que fecunda la nueva civilizacion, y le dá proporciones de sociabilidad y engrandecimiento. Allí no ha perecido, ántes bien se ha multiplicado, el hábito y ejercicio de las costumbres políticas. Allí no cesan jamás de agitarse las asambleas públicas; allí se ensayan todas las teorías; allí se discuten todos los intereses; allí se ponen á prueba todos los sistemas y combinaciones electorales.....

Allí se guarda como una tradicion veneranda, el estudio y el respeto del antiguo Derecho: y al lado del depósito dogmático y profesional de la ley civil, se rejuvenece en más fecundas libertades la tradicion viva y práctica del fuero municipal. Allí se inicia, y allí se desarrolla, y de allí parte aquel movimiento general de las comunidades contra el vasallaje feudal, que en los siglos medios representa una revolucion, todavía más profunda que la que en la edad moderna transforma en Estados constitucionales las monarquías absolutas.

La ciencia política y la diplomacia no tienen en Europa otro campo ni otra escuela, que aquellos Estados, aquellas repúblicas, y aquella Roma, por donde se cruzan y van á converger como á su centro de acción, todas las grandes negociaciones europeas.

Allí, donde se quiere que haya quedado más vivo y por más tiempo arraigado el espíritu pagano, allí se fundan y se establecen todas las grandes órdenes é instituciones religiosas. Pero también en aquel suelo sembrado de asilos de religion y de monumentos de piedad, se erigen tantas escuelas y universidades, como templos y santuarios.

## XI.

### INFLUENCIA Y PODER DE ITALIA: PARANGON, Y PIEDRA DE TOQUE: DEMOSTRACION HISTÓRICA.

Á los ojos de todas las demás naciones, en aquellos siglos, Italia aparece siempre como una vision oriental, ceñida de una aureola de esplendor, de culto, de prestigio y de singularidad privilegiada. Allí se dirige toda curiosidad, y toda codicia, y toda ambicion, y toda envidia, y todo deseo de saber y de gloria.

En aquel, que se pretende panteon, el saber humano tiene su archivo: y para el arte, donde quiera sepultado, toda aquella tierra es magnífico Museo.

En aquellas costas saqueadas y de continuo conmovidas, concentra el mundo todas sus riquezas, y tiene el comercio de aquellos siglos sus grandes emporios. Todo

tráfico se negocia en Génova; toda preciosidad oriental viene de Venecia; toda gala, de Milan; toda belleza artística, de Florencia; toda alegría, de Nápoles; todo saber, de Bolonia y Pavía; y toda ley y toda autoridad, de ROMA.

Ningun pueblo de Europa se creará prepotente, sinó pacta alianzas ó ejerce influencias en aquellos Estados. No hay entre los poderes, ni entre las inteligencias otro órgano del pensamiento, que el idioma del Lacio que guarda Roma; y la primera que recibe vida y existencia y dignidad de lengua civilizada, es aquella en que erige el Dante el monumento más maravilloso entre todas las creaciones de la fantasía.....

¿Buscáis la unidad en este conjunto?—La unidad que buscáis, la que llamáis unidad ahora, lo que representa esa idea en vuestra imaginacion, esa unidad compacta y nivelada de la época moderna, esa pasta homogénea, que acaba de fundirse ahora, y que está blanda todavía del fuego de las nuevas revoluciones, no la hallaréis en esos siglos; no se os revelará realizada y existente en parte alguna.

Pero acaso preguntareis, si habia unidad fuera de Italia?—Interrogad los ensangrentados dramas de la historia de las islas Británicas; preguntad á las siete ú ocho soberanías independientes y rivales, que se formarán hasta el sucesivo poder de Luis XI, de Richelieu, de Luis XIV y de la Convencion, para producir aquella unidad francesa, que costó tanta sangre. Preguntádselo á las múltiples coronas cristianas y sarracenas de nuestra España; preguntádselo á la Germania anárquica y desgarrada; preguntádselo á la Hungria, y á la Polonia, que se excavaron su tumba en sus querellas; preguntádselo á esas

regiones de la Europa central, que forman todavía el cáos austriaco; y preguntádselo al Oriente, al Occidente, al Mediodía y á las hordas, casi salvajes entónces, del Norte escandinavo ó moscovita.

É inquirid al mismo tiempo de todos esos pueblos sinó era la Italia de entónces una nacion que sabian distinguir de todas; si no era Roma una unidad incomparable, y sobre todas las demás, encumbrada; si no era el Emperador la más alta eminencia entre las potestades de la tierra.

Pero sobre todo, preguntad á los Italianos de aquel tiempo (que vivos están todavía en obras inmortales que nos dejaron); á los unos, si se creían dependientes ó vasallos; á los otros, si se tenían por tan divididos que fueran entre sí extranjeros. Preguntad á Dante si aquella Águila maravillosa del tercer canto de su PARAISO, no es el vivo é inmortal emblema de un Imperio de que aún se cree miembro y ciudadano: preguntadle si cuando llamaba *serva* á su patria, no se referia á las miseras y locales facciones que la desgarraban; no á aquel Emperador que llamaba á grandes gritos á la tutela de la sociedad que abandonaba; y si güelfos y gibelinos no cabian dentro del gran círculo de libertad é Imperio, cuyo espíritu nos revela con tan perspícua verdad el Poeta florentino.

Aquella suprema autoridad nunca les parecía extraña, por más que con frecuencia les pareciese dura ó tiránica; aquella, que parecía particion, no lo era bastante á dividir la homogeneidad *eucarística* del amor de la patria.

La division del territorio era cuestión de gobierno interior; no era la desmembracion de la gran República. Aquella diversidad de Ducados ó Repúblicas, Condados

ó *señorías*, no implicaba independencia soberana, ante la eminente gerarquía de la majestad Imperatoria; ni más la contradecían que las pasadas denominaciones de Proconsules ó Prefectos, Gobernadores ó Exarcas. Las colisiones, á veces tan sangrientas, con los Emperadores, fueron diferencias entre súbditos y su propio Soberano; ya sobre dureza y tiranía de su administracion y gobierno; ya sobre la organizacion y atribuciones de los poderes: eran como la lucha interior é incesante de todos los demás países, entre el Rey, los magnates y el pueblo. Aquí no habia otro Rey. Ni el príncipe más independiente, ni la *señoría* más democrática, ni el güelfo más italiano, discutían ó negaban el reconocimiento de aquella legitimidad, que representaba la grandeza comun.

Entre las mil casas prepotentes ó usurpadoras que se alzaron en Italia, ninguna abrigó jamás aspiraciones de dinastía italiana, como aquellas familias, desde el principio régias, que representaron la nacionalidad francesa ó española; ni república alguna afectó la pretension de heredar ó reconstituir la antigua, sin que su vuelo se viera atajado. Quedaba siempre Roma, de donde emanaba el poder, y donde la más alta gerarquía temporal tenía que venir á demandar y recibir de rodillas la consagrada corona con que habia de ser reconocida en el mundo.

Quedaba el Imperio, á quien ella daba título y nombre, como la más excelsa cumbre, aunque apareciera lejana é inaccesible, y envuelta entre nubes y tempestades, sobre las cordilleras de otras más cercanas y practicable eminencias. El Emperador no bajaba á Italia para enseñorearse de un suelo que á veces no hacia más que atravesar, y donde no volvía á poner los piés, abandonándole á sus *señorías* particulares, y á veces á sus san-

grientas facciones. Pero el Emperador, cuando á Roma viene, se hospeda siempre en la mansion de los Césares: el Pontífice le consagra sobre la tumba de los Apóstoles.

Fuerais á demandar á esa Italia si se creia independiente: ella os respondería—ya lo oimos antes—“que era Soberana.”—Aquellas dos potestades, bajo una majestad á veces ilusoria y lejana, y bajo una consagracion divina, representan todas las memorias y todas las esperanzas de su eterna universal primacia. Aquellos Estados, al reconocerse bajo ella iguales, no se tienen por esclavos, y se creen bastante unidos. La imposibilidad de una union más compacta y cohesiva, llevábala, sobre todo, la Italia en su historia; como en testimonio de la peléa, llevan los ejércitos los girones de sus banderas, y los guerreros sus piernas rotas y sus miembros mutilados. Ella no se los pudo entablillar. Las mismas huestes bárbaras, que en tan encontradas corrientes se pasearon por su suelo, no la pudieron unir, porque no la pudieron conquistar. No había nacido para ser la Polonia, ni la Hungría, ni la Bohemia, ni la Bretaña, ni la Borgoña. No fué eso: Venecia, Génova, Milan, Pisa, Florencia y Sicilia no renuncian nunca á aquella ilusion de unidad, remota, como las fronteras de sus conquistas; misteriosa y lejana, como su eterno providencial destino.

República ideal, con dos á manera de extraordinarios cónsules, reverenciaban de léjos á un Emperador, que se hospeda en el Mosa, como ántes en el Bósforo; acatan en Roma á un Sacerdote, á cuyas plantas vienen á postrarse todos los Reyes de la tierra, como en otro tiempo ante la Majestad del Capitólio. Y Venecia, y Pisa, y Génova y Florencia se van á guerrear cada una por su lado; quien

con los turcos, quien con los tártaros, quien con los franceses, quien con los sarracenos; gozándose más en lidiar en Palestina, en dominar en Malta, en triunfar en Criméa, en combatir en Lepanto, en penetrar en la China, en descubrir la América, en inventar la brújula y en escribir la DIVINA COMEDIA, que en fundar una nacion de italianos. Acaso no era dable una nacion de génios, de señores y de caudillos!....

¿Quién, despues de todo, se atreverá á condenarlos, ni á compadecerlos? ¿Qué pueblo no se sentirá inclinado á envidiar tan glorioso destino? ¿Quién querría trocar el nombre de esa pléyada de civilizaciones magníficas, por alguno de esos astros pálidos y frios, por alguno de esos cometas ominosos, que con tan estéril unidad, ó con tan funesta independencia, giran en el hemisferio de nuestra historia?—Recurramos sinó á un infalible barómetro.

Suprimid por el pensamiento algunos de esos pueblos, y en nada se perturbará la vida de la Europa..... Suprimid un instante la historia de esa Italia tan desgarrada y tan caída, y suprimis con ello la civilizacion del mundo.

Pero una observacion más todavía. Antes de hacer esa hipótesis, suprimid el Pontificado de Roma; y ni Roma ni Italia existirán como pueblos sobre la haz de la tierra!

## XII.

EL PONTIFICADO ES INDISCUTIBLE,  
PORQUE ES INCUESTIONABLE.

NO ES ITALIANO, NI AUN EUROPEO,  
PORQUE ES CATÓLICO.

Temeridad, al mismo tiempo que pedantería, fuera en nosotros la insistencia en probar esta asercion. Somos enemigos de disertar sobre lo que todo el mundo sabe, nosotros, que no sabemos sinó lo que nadie ignora. Hánse escrito en pró y en contra del Pontificado, millares de volúmenes; y el último escolar sabe ya tanto en ésta controversia, como el más paciente erudito. La historia crítica y elevada ha reducido á su justo valor todas las exageraciones, como todas las fábulas: ha hecho justicia de todas las preocupaciones hostiles, de todas las imputaciones calumniosas, de todas las falsedades sectárias.

Bajo el punto de vista histórico, ya están de acuerdo todas las eminencias literarias y científicas de las más opuestas doctrinas, de las más distintas creencias. En el momento de escribir estas líneas <sup>1</sup> un Religioso de la ór-

<sup>1</sup> Escribiase esto casi en la época de la recepcion en la Academia francesa del Rdo. Padre Lacordaire, cuya pérdida lloran hoy la Religion, la filosofía y tantos hombres, que á su palabra debimos ilustracion, consuelo, fortificacion en la fé, é inspiraciones de caridad y esperanza.

den más intransigente, y la más grande Inteligencia de la comunion ménos tolerante, acaban de hablar á la faz del mundo, en la primera asamblea literaria de Europa..... De Roma y del Pontífice hablaron. —¿Qué podriamos nosotros añadir? ¿Ni que nos pueden importar las opiniones de ese fanatismo anti-religioso, que usurpa el nombre de racionalista ó filosófico; cuando sus premisas y sus conclusiones están juzgadas por la más alta razon, por la más autorizada filosofía?... De hoy más, no habria inconveniente para nuestras doctrinas, en que historiadores como Guizot, ó filósofos como Leibnitz, asistieran á las sesiones de los concilios. En manos de tan altos espíritus podemos ya confiar la verdad histórica de nuestras creencias.

Por eso, sobre la soberanía del Pontificado no discutimos. El Pontificado es indiscutible, porque es incuestionable.

Ahí está, delante de nosotros está; á la faz del mundo, y sobre el mundo: hecho histórico, evidente, tangible. Nuestros ojos le ven: diez y nueve siglos le abonan: ochenta generaciones le atestiguan. Ahí está; como las Pirámides, como el Colosséo, como la columna de Trajano; más antiguo que ningun trono, más que dinastía alguna, más que ninguna institucion, más que cosa alguna viva, más que la civilizacion misma de la Europa, á la cual bautizó en su cuna. Su existencia, como la del hombre, como la de las lenguas, es uno de aquellos fenómenos, que son á un tiempo mismo hechos incontrovertibles, y milagros patentes. Su origen, aunque evidente, se pierde en lo sobrenatural. Si le faltara el prodigio del nacimiento, seria aún más prodigiosa su duracion y su existencia.

Cuando San Pablo se presentó en el Aréopago de Até-

nas, á los filósofos que le preguntaban sobre su doctrina:—"Vengo á declararos, les dijo, el nombre de ese mismo Dios desconocido—IGNOTUS DEUS—que he visto escrito y consagrado en las columnas de vuestros pórticos."—Cuando San Pedro pone su cátedra en Roma, viene á revelar de quién era aquella misteriosa cabeza sin cuerpo, que apareció entre los cimientos, cuando se fundaba el Capitólio. Aquel cuerpo, él se le trae; era la humanidad toda entera. El Pontificado que él funda, es la última expresion de la universalidad del destino de la Ciudad Eterna.

¿Cómo habia de ser italiano? Ni siquiera es europeo: ES CATÓLICO: es la transfiguracion de la ciudad de los hombres en la ciudad de Dios. Ni en el mundo cabe: es de la Iglesia; es de la congregacion de todos los fieles de la cristiandad, que desde las regiones expiatorias del otro mundo, sólo parte límites con la Jerusalem celestial de los bienaventurados.

### XIII.

#### GRANDEZA VERDADERA DE ROMA.

#### ORÍGENES Y FECHA DEL PODER TEMPORAL

#### DEL PONTIFICADO.

La ciudad á quien ha cabido tal representacion, es la más grande y maravillosa de todas las ciudades. El hombre que ha recibido tan portentosa significacion, tiene, ántes de todo poder temporal, la más extraordinaria de todas las potestades. Se le vé aparecer; y su aparicion es un misterio profundísimo. Se le vé crecer y levantar-

se; y ese desarrollo, y esa grandeza, es un fenómeno inexplicable. ¿Cómo le han de juzgar bien los que le conocen mal, y ménos aún los que le reniegan y aborrecen, si confunde y anonada á los mismos que le acatan y le adoran?....

Agítase hoy tumultuariamente en Europa la cuestion de cómo y cuándo empezó el Sumo Pontífice á ejercer poder temporal. Ciertamente,—y lo decimos en un sentido eminentemente católico,—ciertamente es una cuestion harto limitada y de proporciones bien mezquinas! Seguramente que para la majestad de aquella institucion prodigiosa, lo temporal apareció tan insignificante y secundario, que pasa como embebido y eclipsado ante la contemplacion de los primeros siglos, atónitos y subyugados ante el espectáculo de su espiritual grandeza.

No toman los Papas el señorío de Roma: Roma es la que los acata, obedece y adora. Parece que el Papado se levanta, sólo porque ella se le arrodilla. Es el sol: nos hace ilusion de que asoma por el horizonte, y sube al firmamento; y es la tierra la que se vuelve y gira para que él la alumbré! Como los astros empalidecen con el nuevo dia, así los otros poderes no se extinguen: dejan de verse.

El Papa no se impone soberano. Son Roma y la Italia las que quieren afianzar, engrandecer y amayorazgar en su suelo, aquel milagroso sacerdocio de una Religion, que despues de redimir al mundo, disciplina la Europa, y civiliza la barbárie. Presente del cielo que se encontraron en las catacumbas, subiéronle en un camarín de oro, y rodearon su frente de coronas, como á aquellas Imágenes santas que aparecian en las excavaciones ruinosas, y que los pueblos ensalzaron en sus templos, como á tutelares Patronos, colocándolos al frente de sus ejércitos, ó su-